

PASIÓN DE VOTAR

En el sistema de listas, los electores votan por impulso incontrolado del corazón, por sentimiento de debilidad del alma infantil de los adultos, por propensión de la inseguridad moral



a integrarse en la seguridad civil de una gran familia política. No por un acto de razón o entendimiento. A esta pasión de votar nada la detiene. Ni la falsedad de un sistema que no representa a los electores, ni la traición de los partidos a los ideales de su fundación, ni los crímenes de los jefes de la familia elegida. Si se votan partidos, en lugar de personas, no hay posibilidad de recambio. Por eso, el PSOE conserva tantos votos a pesar de sus desmanes. Y el PP tendrá los de los ilusos que creyeron en sus promesas de ayuda a la justicia y reforma institucional. Los que podrían cambiar este modo infantil de votar nunca lo harán. Viven algo más que aferrados a él. Para acabar con su hábito de vivir enquistados en el Estado, y devolverlos a la sociedad, sólo hay un medio legítimo: ilegítimarlos con una Gran Abstención. Nadie de principios, y consciente de la degeneración que supone, votaría listas de partido. Pero, cegado por la pasión de votar, lo hace creyendo que cumple un deber cívico. ¡Un deber contra la conciencia personal y el derecho político de abstenerse!

Como en la última fase de la dictadura también se votaba, pudiendo no hacerlo sin riesgo, pensé que la pasión de votar se inspiraba en un sentimiento del deber derivado de otra pasión más profunda. En concreto, la pasión de obedecer. Por eso me atraían las ideas que basaban la división partidista de las masas en una cuestión de temperamento genético (Halifax, Macaulay), propensión social a la obediencia (Röhmer, teoría liberal de los partidos o inclinaciones políticas (Lowell)). Pero, reflexionando sobre las pasiones españolas que han permitido llevar a cabo la transición, desde la Dictadura de un partido a la Oligarquía de varios, pude caer en la cuenta de que, junto a la habitual pasión de obedecer, tan cultivada en nuestra historia reciente, han debido operar las pasiones que comunican a los espíritus pobres o lúdicos la grata sensación de estar determinando, con su entrega a las corrientes gregarias o a la individualidad del azar, el orden de la sociedad o de la naturaleza. No puede ser casual que la «movida» social de la Monarquía Financiera haya girado (junto a la libertad sexual y electoral) en torno a músicas de audición histórica, deportes de club, juegos de azar y pasiones de identificación con famosos.

No es fácil de percibir, por intuición, la relación entre la naturaleza de la pasión de votar a una lista de partido y la clase de emoción que embarga a los partidarios de un equipo de rock o de fútbol, y a los jugadores de lotería o ruleta. Aquí sólo importa destacar la ilusión de

grandeza que, perversamente, comunica al pobre votante de partido la fantástica idea de que, con su voto, está determinando nada menos que el futuro de España o de la clase obrera. La desproporción

entre un mínimo esfuerzo, el de acudir a las urnas sin necesidad de estar informado sobre la realidad política de los partidos, y una máxima recompensa, la de sentirse, aunque sólo sea unos segundos, protagonista de la historia, hace del deseo de votar una pasión más irresistible aún que las nacidas del imperio de los sentidos, y vecina en emoción a las pasiones de orden espiritual que levantan las liturgias religiosas y los juegos de azar en los caracteres irresolutos o femeninos. Cuando las elecciones no son el medio adecuado a la representación política de la sociedad civil, la pasión de votar instrumenta la enajenación partidista del pueblo y asegura la vida de una clase gobernante oligárquica y degenerada. Votando listas en lugar de personas, el pueblo se rebaja hasta el punto de hacerse amar por sus amos. Éstos le pasan la mano por el lomo para premiar la madurez de su servidumbre.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

JAVIER SOLANA Y TOLEDO

Prometió el espía militar que daría más detalles del contenido de los folios amarillentos que ha rescatado de los sótanos del Ministerio de Cultura sobre la ampliación del Museo del Prado. Voy de sorpresa en sorpresa, porque me dice que el proyecto inicial es anterior a la ministra Carmen Alborch, y en él tuvo mucho que ver, nada menos, que Javier Solana.

El hoy flamante superministro de Defensa de la Unión Europea, y hasta hace unos meses secretario general de la OTAN, fue el primero en proponer que había que sacar de Madrid el Museo del Ejército e ideó un plan. La excusa de la ampliación del Prado servía de coartada perfecta. Pero existía

No se trata del fantasmal engendro del efecto 2000, sino de algo mucho más serio; el corriente año, en que se inicia el nuevo siglo y milenio—aunque los que no conocen más que los números naturales enteros crean lo contrario—ha sido declarado por la UNESCO año de la matemática. Ello nos ofrece excelente motivo para reflexionar sobre el papel de la matemática en la historia de Occidente. Y reivindicar el papel que una ciencia, aparentemente separada de la vida y reducto de una minoría, ha jugado en nuestro desarrollo.

Como es sabido —y hace poco recordaba en la televisión mi amigo Gustavo Bueno— en el frontispicio de la Academia Platónica estaba inscrita la exigencia de que no entrara en su recinto quien no supiera geometría. Tales de Mileto, tópicamente considerado como iniciador de la filosofía griega, fue también matemático. La explosión cultural que supuso la cultura griega incorporó, entre sus mayores logros, el desarrollo de la matemática y de la filosofía profundamente unidas. El genio helénico, mucho más discursivo que práctico, desvalorizador en su estructura de clases de la técnica y el trabajo manual, impulsó poderosamente ambos saberes, descuidando en cambio las ciencias experimentales, tan capitales en nuestro mundo. Pero dejó en matemáticas y filosofía

el problema de dónde meterlo. Y se le ocurrió que el mejor sitio era el Alcázar de Toledo. ¿Por qué? Porque el objetivo de toda la operación era hacer desaparecer el Museo de la Guerra Civil que encierra el Alcázar de Toledo, metiendo allí todos los fondos del Museo de Madrid. Aunque piensa Juan Bravo que el espacio del nuevo museo es tres veces mayor y que, teóricamente, cabrá todo, sostiene el espía que de eso, nada, y que la prueba del nueve es preguntar al Ministerio de Defensa qué espacio ha previsto para mostrar este período fructífera de la historia de España que, por mucho que nos disguste, no puede ser hurtado a la memoria.

Juan BRAVO

2000, AÑO DE LA MATEMÁTICA



un legado indeleble. Tanto Einstein como Russell nos han contado la impresión que en su infancia les produjo la lectura de los «Elementos de Geometría de Euclides», —entonces se leía a los clásicos en lugar de usar manuales— que

marcó toda su dedicación vital. Geometría euclídea: hasta el más ignaro supone lo que representó su superación en el pasado siglo con la creación de las geometrías no euclídeas. Y es que la matemática griega, como han subrayado alguno de sus mejores historiadores, se caracterizó por su realismo naturalista y su sentido estético. No eran pensables los números irracionales y toda la especulación matemática, fundamentalmente geométrica, estaba señalada por la exaltación de las figuras «perfectas» como los poliedros regulares y la esfera, así como por la atribución de significados simbólicos a los números.

Galileo, para abrir paso a la «nueva ciencia», hubo de romper tales esquemas. Como rompió también, dialogando con los artesanos, visitando sus talleres y creando el laboratorio, el prejuicio clasista que separaba el trabajo intelectual y manual. Afirmaba que él no conocía de «blasones» ni títulos nobiliarios entre las figuras geométricas, pudiendo ser todas igualmente útiles. Y los cuerpos celestes dejaron de ser esferas perfectas ante el telescopio de Galileo. La matemática se unió a la ciencia moderna, al postular que el universo estaba escrito en «lengua matemática», y a lo largo de la historia moderna fue avanzando desde la física a la biología y las ciencias humanas. Mas su papel no se redujo a representar un instrumento de precisión y formalización, según suele pensarse, sino que se levantó al de guía hacia nuevos horizontes. De descubridora de inéditos universos, trascendiendo y desbordando nuestro mundo perceptivo. Toda la revolución física de la relatividad y la mecánica cuántica con la que se inició el siglo XX hubiera sido imposible sin la precedente revolución de la matemática en el siglo anterior. Y lo que parecían juegos arbitrarios, caprichosos, de una fantasía que se escapaba del mundo se revelaron como los recursos más poderosos para penetrar en la realidad. Del mismo modo que el álgebra de Boole ha sido un instrumento decisivo para la actual informática.

Y es que no hay nada más equivocado que la representación de la matemática como algo penoso y aburrido. Muy por el contrario, no cabe moverse en el mundo de la matemática sin fantasía y sin sentido lúdico. Personalmente no sólo he disfrutado profundizando mi formación matemática, sino que he tenido la fortuna de gozar de la amistad de algunos grandes matemáticos, como Julio Rey Pastor, Federico Gaeta y Miguel Sánchez Mazas. Y puedo afirmar que son las personas más alejadas de la pedantería propia del «erudito a la violeta» y más divertidas que pueda imaginarse. Algo muy lógico, cuando se vive en un mundo creativo. En el paraíso de las matemáticas de que hablaba Paul Valéry. Y que nos muestra el valor del conocimiento puro, de apariencia más desinteresada, que paradójicamente es la clave de nuestro avance hacia lo real.

Carlos PARÍS

